



Vigilancia

Domingo 1 de Adviento
Mt 24,37-44

Con este domingo comienza no sólo un nuevo año litúrgico, sino también el tiempo de Adviento. Estas semanas de Adviento tienen un doble sentido: son un tiempo de preparación para Navidad y, además, se recuerda la segunda venida de Cristo al final de los tiempos.

Adviento es, por eso, **un tiempo de alegre espera** en la doble venida del Señor. En los primeros días se destaca más el aspecto escatológico, es decir, la esperanza en la segunda venida de Cristo. Lo podemos verificar fácilmente en las lecturas bíblicas de hoy.

En la lectura del Antiguo Testamento, el profeta Isaías nos revela su visión de la Ciudad Santa de Jerusalén, símbolo del Reino de Dios en el cielo. Los hombres de todos los pueblos se encaminarán hacia esta ciudad celestial, que se halla al fin de nuestro camino, al fin de nuestra vida terrenal.

En la segunda lectura, San Pablo nos exhorta a decidarnos a favor del camino de Cristo para llegar a esa ciudad celestial: *“Dejemos las obras propias de la oscuridad y tomemos las armas de la luz.”*

Necesitamos las “armas de la luz” que Cristo nos da, porque nuestro camino es un camino de luchas, de tentaciones, de tinieblas. Pero quien vive en la espera de la venida del Señor, no se detiene, ni se instala, sino que camina en la luz de Cristo, usando ese tiempo de decisión: *“Vosotros sabéis en qué tiempo vivimos y que ya es hora de despertar”*. Este tiempo es para nosotros el último tiempo: hoy decidimos nuestro futuro, nuestra vida eterna.

El Evangelio da hoy nos muestra muy claramente las consecuencias de nuestra decisión: unos serán aceptados, otros rechazados por Dios: *“De dos hombres que estén en el campo, uno será llevado y el otro dejado. De dos mujeres que estén moliendo, una será llevada y la otra dejada”*.

Nos recuerda también que nuestra muerte, así como el retorno de Cristo, serán inesperados como un ladrón en la noche, o repentinos como el diluvio. Y para ser aceptados como amigos al final de nuestra peregrinación, Cristo espera y exige de nosotros la actitud de vigilancia, tal como lo indica el Evangelio de hoy: *“Estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora menos pensada”*.

Esta actitud de vigilancia, atención, apertura, Jesucristo no sólo la enseñó, sino más aún la vivió: durante toda su vida terrestre, Él se conduce bajo el signo de esa vigilancia.

Su alimento es hacer la voluntad del Padre que le ha enviado entre los hombres. Pero esta voluntad no le es señalada por una revelación privada. Para Jesús, como para todo hombre, se trata de descubrir en el transcurso de los días lo que debe ser su camino.

Y éste no está fijado, no está claro para Él desde el primer día. Todo lo contrario: Jesús interroga sin cesar los acontecimientos que atraviesa, para saber en cada momento qué es lo que debe hacer. Y, reconocido su camino, Él lo sigue con fidelidad y obediencia perfectas, aunque le cueste y lo conduzca hacia la cruz.

Esa actitud de Cristo tiene que ser también la de todos nosotros.

Esa actitud, esa conducta de Cristo tiene que ser también la de todos nosotros. Y entonces la vigilancia exige de nosotros:

- Abrirnos para las sugerencias y los signos de Dios;
- Descubrir tras los acontecimientos el deseo y la voluntad de Dios;
- Ser atentos y fieles al seguir ese camino por el que Dios nos conduce.

La vigilancia se entiende así como fidelidad en el momento presente. Nos atamos al pasado; nos parece importante, porque lo hemos vivido. Pero fue ayer, y hoy ya no tenemos ningún poder sobre él. Nos seduce el futuro, porque en sueños podemos formarlo a nuestro gusto. Pero no existe aún y con nada nos ocupa.

El presente pasa tan rápido que no le concedemos mucho valor. Pero sin embargo es el único que está en nuestro poder, y nuestra vida es sólo un conjunto de momentos presentes. Quien quiere acertar en su vida, que ponga el pasado en manos de Dios, déjele el futuro y viva plenamente, uno tras otro, cada momento presente.

Porque Dios nos espera en el minuto presente. Y decir “Sí” a la invitación de Dios, al anuncio de cada instante, equivale para nosotros a estar plenamente presente. De este modo, la vigilancia es permanecer fiel en este camino de entrega total en cada momento presente.

Queridos hermanos, estamos celebrando la Eucaristía. Pidamos, por eso, a Jesús, que en esta celebración de Adviento nos dé la gracia de apertura, de disponibilidad y de vigilancia:

- Para que todos nosotros quedemos fieles en nuestro caminar hacia la Casa del Padre;
- Para que reconozcamos los signos y deseos de Dios en cada momento;
- Y para que estemos siempre preparados para la llegada repentina e inesperada de nuestro Señor Jesucristo.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt